

1931

HACE UN AÑO.....

HACE un año que se fué de este mundo aquel gran alucinado que se llamó Osmán Pérez Freire.

Después de triunfar plenamente en la Exposición de Sevilla, como genuino personero de la música chilena, regresó a Madrid, donde la fama le rodeó de halagos por aquellos éxitos rotundos. Fué nuestro compatriota, durante los últimos días de su vida, el hombre mimado de la Corte y la nobleza española.

Ante el palacio real, la banda de Alabarderos ejecutaba todas las tardes su Himno al Soldado Español, cuyos acentos vibrantes arrancaban clamorosos aplausos del pueblo madrileño y ponía en sus labios el nombre de esta tierra lejana en comentarios entusiastas y admirativos para nuestro orgullo nacional.

Fué allí donde Pérez Freire organizó la fiesta memorable de la aristocracia a los niños enfermos, patrocinada por las condesas de los Andes y de la Mortera. España le inspiró su revista "Acuarelas", y durante varias semanas la ensayó e hizo representar en el Teatro "Calderón", por un grupo selecto de niñas y jóvenes de la nobleza ibérica.

En los diarios de la época aparecieron extensas y elogiosísimas crónicas sobre aquella hermosa revista, y "Nuevo Mundo" llegó a lamentar no disponer de veinte páginas para referirse al suceso del año, presenciado que fué por los Reyes don Alfonso y doña Victoria, los nobles, el Cuerpo Diplomático, los Ministros y la alta sociedad madrileña.

En dos representaciones se obtuvo más de cien mil pesetas de entrada. Pérez Freire, el bohemio incorregible, caballero andante y despreocupado, corazón que no le cabía en el pecho, cedió su porcentaje íntegro para que aumentara los fondos de los niños desamparados...

El no disponía sino de su sueldo; pero consideró que esas veinte mil pesetas llevarían un poco de alegría y algunas sonrisas a los enfermitos del "Hospital del Niño Jesús".

Desde entonces, Pérez Freire recibió las más entusiastas manifestaciones de cariño. Se lo disputaban los hogares de condes y marqueses. Agasajos, homenajes, sinceridad. Así, hasta el 1.º de abril del año pasado, la víspera de su muerte.

Esa noche le invitaron los vizcondes de la Casa Agullar. Después del ágape, Pérez Freire estaba en vena, y a instancias del secretario del Rey, el marqués de Torre Medina, ejecutó al piano ocho de sus canciones favoritas.

Tal sería el alma que el chileno puso en su canto, mezclado de nostalgias del terruño y recuerdos de atardeceres lejanos, que el auditorio fué a estrechar efusivamente al autor. Repuesto de la honda impresión, recibió aplausos y felicitaciones con esa sonrisa muy suya, aunque tras el cristal de sus lentes brillase una lágrima de intensa emoción.

A su turno, al presentarle sus cumplimientos, el secretario del Rey, le anunció la feliz nueva de que su augusto soberano iba a condecorarlo y a ordenar se le otorgaran las palmas de Académico. Al día siguiente, falleció Pérez Freire.

Acompañaron sus restos hasta Santander, ciento cincuenta coronas, y más de cuatro mil personas que entonaban delicados salmos durante el trayecto. Lo demás lo saben nuestros lectores.

Hoy en el hogar de su viuda e hijas, la sombra del querido muerto es caricia y amor. En su memoria el Supremo Gobierno les entrega una pensión que les permite vivir. Así llega este primer aniversario de la partida de este hombre que fué dejando en todas partes sus canciones, como jirones de su corazón.